

# *Prometeo*

*El mito del dios rebelde  
y filántropo*

**CARLOS GARCÍA GUAL**

**T**

**TURNER NOEMA**



*Prometeo*

**TURNER NOEMA**

# *Prometeo*

*El mito del dios  
rebelde y filántropo*

**CARLOS GARCÍA GUAL**



TURNER

Para Ángela, otra vez

Aunque Esquilo lo ha tomado ante todo como una figura dramática, la concepción fundamental del robo del fuego lleva consigo una idea filosófica de tal hondura y grandeza humana que el espíritu humano no la podría agotar jamás...No en vano ha sido siempre el Prometeo la pieza preferida por los poetas y los filósofos de todos los pueblos entre las obras de la tragedia griega y lo seguirá siendo en tanto que una chispa del juego prometeico arda en el espíritu humano.

WERNER JAEGER

## ÍNDICE

Prólogo	11
I Los dos relatos de Hesíodo. Versiones y comentarios	25
II La versión trágica: 'Prometeo encadenado', de Esquilo	43
III Breve aparición cómica de Prometeo	127
IV El mito de 'Protágoras' de Platón: una versión sofística de los orígenes de la cultura	131
V Una apología sofística de Prometeo: el diálogo de Luciano 'Prometeo en el Cáucaso'	149
VI Variaciones y simbolismos de la figura titánica de Prometeo	163
VII Tres breves textos de Goethe, Nietzsche y Kafka	179
VIII La reivindicación de Epimeteo en 'El retorno de Pandora' y su significado en la obra de Goethe	187
IX Prometeo creador de los seres humanos	205
X Prometeo y el progreso de los humanos	217
XI El fervor romántico y la rebeldía de Prometeo	229
Notas	237

## PRÓLOGO

**E**n la antigua Grecia fueron los poetas los guardianes de los mitos, los relatos que a través de los tiempos recordaban los hechos memorables de los dioses y los héroes, seres poderosos que en tiempos lejanos habían configurado el mundo. Mientras que los sacerdotes se ocupaban de los ritos y la liturgia, los poetas transmitían los relatos fundamentales de la religión helénica. Primero los aedos, que se decían inspirados por las divinas Musas, luego los poetas líricos y los trágicos, mantuvieron viva la tradición mitológica. No tuvieron los griegos libros sagrados, sino que el saber sobre el trasfondo divino y heroico se transmitía en las versiones y voces de los poetas. Estos grandes narradores fueron llamados “maestros de la verdad”, antes que los filósofos. De ahí viene esa vivacidad poética de su mitología, aportando en sus espléndidas variaciones de los relatos renovados matices e interpretaciones de largos ecos.

Al no estar codificada en textos religiosos, al no ofrecernos dogmas fijos, la tradición de la mitología griega pervive en una estupenda fresca narrativa, y caben variantes que, en las relecturas de los antiguos motivos míticos, aportan inolvidables sugerencias al recontar con nuevos enfoques esos grandes relatos y vienen así a colorear de nuevo las tramas antiguas. Y los enriquecen las historias de dioses y héroes, con nuevas sugerencias a partir de sus apuntes de muy variados contextos y épocas.

Creo que el ejemplo mejor de cómo la tradición sostenida por los poetas renueva un relato mítico lo tenemos en las varias versiones del mito de Prometeo. A la versión épica de Hesíodo le sigue la interpretación trágica de Esquilo y a ésta la reinterpretación del mito por el sofista Protágoras y por Platón. El mito de Prometeo es, sin duda, uno de los más memorables relatos de todos los tiempos por su simbolismo y repercusión. Reúne varios resonantes motivos míticos o mitologemas: la rebelión del divino Titán contra los dioses, a causa de su amor a los humanos, el robo del fuego celeste, la creación de la primera mujer, el origen de la cultura humana. Son varios los narradores, excelentes todos, e inolvidables.

La resonancia del mito a lo largo de los tiempos y la literatura ha perdurado desde la épica griega hasta la modernidad y nuestros días. En estas páginas he tratado citar y recordar, en sus líneas esenciales, las voces y los más ecos más notables de esa larga historia.

MADRID, 2022

Este libro es, ante todo, una invitación a releer unos viejos y resonantes textos griegos, traducidos de nuevo al castellano, y comentados con un cierto detenimiento afectuoso. Es un libro escrito con intención filológica. Pero no en el sentido de que esté pensado para la erudición y provecho de algunos especialistas en la Literatura Clásica. No, de ningún modo. Por más que me encantara que también a algunos de estos escasos estudiosos le gustara –al menos a dos o tres profesores amigos míos–, el libro no está dedicado a los profesionales de las letras antiguas.

Está dedicado a los amantes de los mitos antiguos y a todos los ingenuos o refinados lectores de leyendas pretéritas. Es un



libro de filólogo, ante todo, porque lo mueve el amor al discurso encerrado en los textos antiguos, a esos *lógoi* que son también *mythoi*. Y también por aquello que decía Nietzsche –al concluir el prólogo de *Aurora*–: que “filólogo” era “uno que predica la lectura despaciosa”, “pues la filología es ese arte venerable que exige de su adepto ante todo que se aparte, se tome todo el tiempo, se aquiete y aprenda la despaciosidad”. Esa lectura lenta y amorosa resulta cada vez más rara y difícil, porque es algo que no tiene que ver con la erudición ni con la limitación del especialista, sino con la comprensión y con la sensibilidad personal.

Pero puede ser un estupendo placer, y un espléndido lujo intelectual en un mundo de “hombres unidimensionales”.

Sobre el mito de Prometeo hay algunos excelentes estudios de conjunto. Citaré solo los tres libros que tengo aquí a mano fácilmente asequibles. El más antiguo es el de K. Kerényi (publicado en 1946 y luego en cómoda edición de bolsillo en 1959) *Prometheus. Die menschliche Existenz in Griechischer Deutung*. El autor, conocido estudioso de la mitología helénica, intenta penetrar en la significación más honda del *mitologema* (por utilizar una palabra que él lanzó con sus estudios) de Prometeo, con la brillantez y la hermenéutica que le caracterizan. No sé que este trabajo haya sido traducido a nuestra lengua como lo fueron otros del mismo autor; en todo caso, es atractivo y muy claro. El segundo estudio es el de L. Séchan: *El mito de Prometeo* (de 1951), trad. en Buenos Aires, 196 (Cuadernos de Eudeba), un espléndido libro de un gran conocedor de la Literatura y el Arte Griegos, un claro profesor y un gran filólogo. Leí este estudio hace unos quince años, aún recuerdo el interés y la sugestión de su lección. El tercer estudio general sobre el mito es el más reciente, y en vario sentidos más extenso, libro de J. Duchemin: *Prométhée. Le mythe et ses origines*, París, 1974. Aquí esta profesora francesa buena conocedora de la Literatura Griega, recorre

la “historia del mito, de sus orígenes orientales a sus encarnaciones modernas”, una historia de más de treinta siglos, con una gran dosis de información y de bibliografía. Si su libro no alcanza, a mi entender, la sugestividad de la interpretación personal de Kerényi, ni tampoco la precisa dicción y clara construcción de L. Séchan, despliega, sin embargo, un tropel de citas y análisis textuales –desde fragmentos mesopotámicos a las versiones del siglo xx– que hacen de él un trabajo muy estimable que demuestra contundentemente la pervivencia del mito bajo muy diversos ropajes a lo largo de los siglos.

En este breve trabajo no he pretendido competir con estos recién citados libros, ya que no trato de exponer de modo exhaustivo el contenido del famoso mito con sus múltiples variantes ni rastrear del todo la huella de sus evocaciones literarias en el ámbito griego o en nuestra tradición occidental. Tampoco he intentado un estudio comparado de alguno de sus grandes motivos, o “mitemas”, como el del rapto del fuego. ¿Cómo no recordar a propósito del mismo el clásico estudio de sir James Frazer sobre *Mitos sobre el origen del fuego*? He pretendido sencillamente abordar el mito a través de unos textos clásicos, y acentuar el sentido trágico que el mismo adquiere en la versión dramática atribuida a Esquilo. He tratado de apurar, en comentarios marginales, el sentido de las palabras antiguas y advertir las alusiones que subyacen en ellas. No es este, sin más, un trabajo general sobre el mito de Prometeo, con pretensiones de exhaustividad ni un estudio comparativo. Es un ensayo de lectura lenta, un intento de comprensión en profundidad de los reflejos del mito en una gran obra literaria.

La relación entre mito y literatura plantea una serie de cuestiones de largo alcance en las que no voy a entrar aquí. En todo caso, creo que un estudio como este puede mostrar que en una cultura de larga tradición literaria los mitos se vuelven a con-

tar siempre con tonos y acentos nuevos, reinterpretándolos con intenciones diferentes. Hasta qué punto en todas esas interpretaciones se mantiene inalterada la estructura “profunda” de esquema primordial, como postula Lévi Strauss, es un tema que no vamos a sentenciar ahora. De todos modos resulta difícil admitir que un mito pueda tener otra existencia que la de la suma de esas versiones sucesivas y variables, cuya relación está determinada por la permanencia de un cierto esquema narrativo básico. Pero la literatura ironiza y deteriora el mito, al tiempo que lo recrea al margen de su antiguo valor religioso y sus connotaciones rituales. La transmisión de los mitos es muy diferente entre los pueblos llamados “primitivos” o “iletrados”, y en aquellos pueblos que, como los griegos, ofrece múltiples tradiciones locales y una larga estela literaria. (Junto a la cual, no lo olvidemos, subsiste una tradición oral, vivaz, relacionada con un culto y con un folklore vivos hasta época muy avanzada.) Pero todo esto son cosas ya sabidas, aunque mal precisadas. Queden solo mencionadas como puntos latentes o temas de meditación al margen de nuestro ejemplo central: la leyenda de Prometeo y su reinterpretación en una gran tragedia griega.

*Prometeo encadenado* es una extraña tragedia. En contraste con todas las demás piezas conservadas del antiguo drama ático, su protagonista no es un héroe mortal, sino un dios, y seres divinos son también el resto de los personajes de la obra. Ese dios sufriente asume su papel trágico para expiar la pena de un espléndido delito: el robo del fuego celeste, que le ha valido la enemistad del dios supremo. Su motivo para enfrentarse a los grandes dioses es no menos sorprendente: su carácter filántropo le ha llevado a incurrir, con plena conciencia, en la falta trágica que se paga con el más terrible dolor. Por los seres efímeros el Titán Prometeo está dispuesto a desafiar la cólera de Zeus y a

sufrir eternamente, ya que es inmortal, los suplicios más lacerantes. Pero los humanos quedan fuera de la escena; aquí está sólo el Titán rebelde frente a la tortura de su castigador y juez, el tirano del Olimpo. Entre dioses anda el juego. Hay un trasfondo teológico en este drama metacósmico y en esta pasión de un dios traidor a los privilegios de su clase. El autor dramático se ha servido de un viejo mito para revestirlo de la forma trágica. Y en esta forma trágica se nos ofrece una parte, una parte esencial, de la leyenda de Prometeo, el dios rebelde, el robador del fuego, el filántropo promotor de la cultura humana, del que la mitología griega nos cuenta varias andanzas.

Sobre la figura de Prometeo tenemos tres relatos antiguos de innegable fascinación: el de Hesíodo, el de Esquilo (si el autor de la tragedia de que vamos a hablar fue Esquilo) y el de Platón (es decir, el que Platón pone en boca del sofista Protágoras en el diálogo de tal nombre, y que puede provenir de la enseñanza del democrático pensador de Abdera). Las variantes entre una y otra versión son muy interesantes y sugestivas, y han dado lugar a numerosos comentarios filológicos.

Contrastaremos esos textos para ilustrar así la complejidad de la tradición mítica en torno a la figura de Prometeo; aunque nuestro comentario va a centrarse sobre el héroe de la tragedia, ese héroe anormal y divino, ese patético rebelde símbolo de la arrogancia inflexible contra la tiranía.

Paradójicamente, sin embargo, el destino doliente de este dios se convierte, para el espectador de la tragedia atribuida al gran Esquilo, en un símbolo del destino del hombre. De los protagonistas de tragedia griega es Prometeo, un Titán preolímpico, uno de los más próximos a nuestra comprensión y simpatía. En su obcecada oposición al designio del todopoderoso Zeus, en su decisión de sufrir por los más débiles, en ese afán humanitario de redentor por la cultura de una humanidad desamparada,

se expresa un magnánimo impulso que ha atraído desde siglos atrás la admiración cordial de poetas y filósofos. Desde Goethe y Shelley a Albert Camus y Kazantzakis son múltiples las alabanzas de Prometeo, considerado como el rebelde altivo contra la tiranía del más fuerte, que en la tragedia griega se llama Zeus. Todo eso enlaza con un motivo de resonancias míticas muy hondas: el del rapto del fuego, arrebatado al dominio de los dioses para obsequio de los hombres y fundamento de la cultura. Pero sobre este punto quisiera recordar las palabras de Werner Jaeger:

En el Prometeo el dolor se convierte en el signo específico del género humano. Aquella creación de un día trajo la irradiación de la cultura a la oscura existencia de los hombres de las cavernas. Si necesitamos todavía una prueba de que este dios encadenado a la roca como castigo casi de sus acciones encarna para Esquilo el destino de la humanidad, la hallaremos en el sufrimiento que comparte con ella y multiplica los dolores en su propia agonía. No es posible que nadie diga hasta qué punto llegó el poeta a la plena conciencia de su simbolismo. La personalidad individual, característica de las figuras míticas de la tragedia griega y que las hace aparecer como hombres que realmente han vivido, no aparece de un modo tan claro en el Prometeo. Todos los siglos han visto en él la representación de la humanidad. Todos se han sentido encadenados a la roca y participado con frecuencia en su odio impotente. Aunque Esquilo lo ha tomado ante todo como figura dramática, la concepción fundamental del robo del fuego lleva consigo una idea filosófica de tal profundidad y grandiosidad humana, que el espíritu del hombre no la

podrá agotar jamás. Estaba reservado al genio griego la creación de este símbolo del heroísmo doloroso y militante de toda creación humana, como la más alta expresión de la tragedia de su propia naturaleza” (*Paideia*, trad. esp., México, FCE, 1957, p. 244).

La humanización del personaje mítico es el gran mérito de la versión trágica. Frente a ella, o junto a ella, las otras versiones –la versión épica de Hesíodo y la versión que podemos llamar “sofística” del *Protágoras* platónico– nos transmiten varios datos en torno a la historia de Prometeo. Todas las versiones ofrecen algo nuevo y el complejo mítico se enriquece con la suma de variantes y añadidos. Pero la figura que no olvidaremos nunca, por “su heroica osadía espiritual”, es la representada en el drama ateniense. El espectador de la pieza, como el poeta romántico, quisiera formar parte de los pueblos bárbaros que gimen de compasión por el torturado Titán, y, como el Coro de las Oceánides, arrostrar a su lado la condenación decretada por el despótico monarca de los cielos. Clavado sobre un picacho del Cáucaso, con el pecho taladrado por una cuña de acero, desgarrado acaso por el águila incesante que picotea su hígado inmortal, Prometeo parece un anuncio helénico del redentor crucificado del cristianismo. Ya Tertuliano llamó a Cristo “*verus Prometheus*”, evocando tal imagen.

Tenemos, pues, varios aspectos que considerar: la imagen mítica de Prometeo, que se nos ofrece en las tres versiones clásicas que hemos aludido; el valor simbólico de los varios rasgos de su figura, es decir, su carácter filantrópico y su desafío al orden establecido por Zeus, su conducta taimada (en Hesíodo) y soberbia (en Esquilo), su papel como ladrón del fuego y como introductor de la cultura, etc. Y luego está esa decidida voluntad de arrostrar el dolor sin ceder a las amenazas del tirano y sus

sicarios, esa inflexibilidad en el tormento, que hacen de Prometeo, al que Karl Marx calificó de “primer santo en el calendario del proletariado”, o algo por el estilo, un mártir de la libertad frente a la opresión, un sufridor ejemplar.

Entre los dioses griegos, tradicionalmente denominados *hoi mákares*, “los Felices” por antonomasia y por excelencia, en contraposición con los humanos, el dolor era una contingencia anecdótica. Tetis, Hera o Afrodita podían sentir penas y dolores, al ser heridas o al perder a algún ser querido entre los mortales. Y hasta al mismo Zeus podía alcanzarle el penar. Los dioses griegos, tan humanos y tan frívolos, no estaban inmunes al sufrimiento, como no lo estaban al regocijo. Al menos así fue hasta que las concepciones de los filósofos los fueron depurando, despojando de esos aspectos demasiado humanos.

Pero el dolor de Prometeo tiene una especial significación dentro de su contexto mítico. En esto vale la pena tal vez insistir, como vamos a hacerlo, en este aspecto fundamental de su condición de héroe trágico. El dolor resulta siempre escandaloso, pero sobremanera escandaloso es el dolor de un dios que sufre en favor de los hombres. Ese escándalo puede suscitar la repulsa ante el poderoso que ejerce sobre el que sufre su opresivo poder. Y puede también suscitar la cuestión de la justicia. ¿Es acaso Prometeo un justo sufriente bajo un impío verdugo y un arbitrario juez? Probablemente no, probablemente las cosas no son tan sencillas. Quien castiga a Prometeo es el dios supremo, el providente y óptimo Zeus, recién entronizado vencedor del Olimpo. Sería demasiado esquemático pensar en el pecador castigado, porque acaso la razón no está del todo de un lado ni del otro, porque Zeus y Prometeo son enemigos feroces, pero acaso reconciliables en un futuro, porque, por otra parte, ambos dioses se parecen bastante en sus excesos.

Además de las versiones de Hesíodo, de Platón y de Esquilo he traducido aquí dos pasajes sobre Prometeo, de Aristófanes y de Luciano, menos importantes que los ya citados, pero también sugerentes, porque añaden algunos rasgos a la imagen del Titán, y lo enfocan desde una perspectiva menos seria, menos trágica. Y, al final, transcribo tres breves textos modernos y heterodoxos, para dejar por así decir, el tema abierto hacia nuevas interpretaciones.

Me gustaría subrayar ese aspecto de este estudio: su intento de evitar una interpretación cerrada de la lección del viejo mito. He pretendido que fuera más sugeridor que exhaustivo, más una invitación a reflexionar que un comentario profesoral. Te ruego, amigo lector, que tengas en cuenta esa mi buena intención y disculpes algunas notas un tanto pedantes acaso. El oficio filológico conlleva algunas servidumbres estilísticas. Pero espero que el encanto de los viejos textos compense con creces esas sombras.

MADRID, 1979

Pero las figuras míticas no sólo pertenecen a la literatura, sino también a la iconografía artística. Habría sido interesante estudiar las representaciones plásticas de Prometeo, desde la época arcaica a las pinturas barrocas –el Titán retorciéndose de dolor desgarrado por el águila que devora su hígado–, románticas –clavado en el Cáucaso, torturado por la soledad ante un rojo crepúsculo–, y modernas, como esos Prometeos trágicos de ciertos murales mexicanos o, en fulgoroso contraste, esa estatua dorada de Prometeo del Rockefeller Center en Nueva York, volando antorcha en mano, juvenil y atlético, sobre la frecuentada pista de patines, en el corazón de Manhattan.



Esas representaciones nos dan también imágenes que interpretan a su modo y manera el mito. Detengámonos un momento en la última, en ese Prometeo de purpurina neoyorkino. Es evidente que aquí se ha querido rendir homenaje al introductor del progreso, y se ha presentado a Prometeo con una imagen de triunfador atlético, juvenil, con un cuerpo perfecto de ágil plusmarquista, corredor sonriente e inexpresivo, portador del fuego celeste, feliz ladrón en esta ciudad donde nadie casi sabe su origen helénico, y casi todos ignoran que fue un viejo dios, taimado y filántropo, torturado y rebelde. (Tal como lo pintaron los muralistas mexicanos.) Así ese Prometeo dorado sigue siendo el portador de la antorcha y benefactor de los humanos, adalid del progreso técnico y cultural, como en Esquilo, pero sin sus aspectos sombríos y dolorosos.

Pero hay otras imágenes de Prometeo que me parecen muy atractivas. Como las que ofrecen en sus relieves algunos sarcófagos helenísticos y romanos de comienzos de nuestra era, donde Prometeo está representado como el creador del hombre, al que ha formado del barro y al que, con ayuda de algunos dioses, da vida y espíritu. Esa no es la original función de Prometeo, pero ya en algunos poetas latinos y en Luciano de Samósata se ha conferido al Titán ese rasgo de fabricante de los humanos. (Esa faceta se encuentra bien recogida y poetizada por los escritores románticos europeos, y en ellos adquiere un significado renovado, quizás con algunos ecos gnósticos.)

De estas representaciones plásticas apenas me he ocupado, pero reconozco que serían un buen complemento del estudio literario. En cuanto a los sentidos y reinterpretaciones de los mitos griegos, he expuesto algunas ideas de conjunto y, de paso, he situado el mito de Prometeo en el repertorio mítico antiguo en mi libro *Introducción a la mitología griega* (Madrid, 1992). Como allí intento explicar con más detenimiento,

toda narración mítica se refiere a un entramado amplio de relatos tradicionales –una mitología– que pervive en la memoria colectiva y está vehiculado por una tradición. En ese imaginario viven y vagan los mitos, prestigiosos, flexibles, luminosos o místéricos. Sin duda el mito de Prometeo es de los más resonantes del viejo catálogo. Y cobra su perfil exacto en ese con texto narrativo, en ese horizonte del mundo divino imaginado por los antiguos griegos, enfrentado a Zeus, contrastado a sus hermanos titánicos, liberado por Heracles, etc. Pero, por sus valores simbólicos, los mitemas que configuran el mito donde Prometeo es el protagonista decidido, la invención del sacrificio, el robo del fuego, la aparición de la mujer con sus secuelas ambiguas, se destaca muy por encima de todo su contexto mitológico. De ahí el interés redoblado de su leyenda, más allá del marco helénico originario.

*MADRID, MAYO 1994*



*Prometeo trayendo el fuego* (1637), de Jan Cossiers. Museo del Prado, Madrid.

© Index / Heritage Image Partnership Ltd. / Alamy Foto de stock.